cienso; y así os conducireis vosotros en presencia de las sectas, que tal vez no dejarán de venir á haceros mimos para que abandoneis vuestra Religion, si, como aquellos, sabeis dominar vuestras pasiones, no permitiendo que el vicio plante en vuestro corazon su ignominioso estandarte. Tan léjos estareis de sentiros tentados á renunciar al Catolicismo, que cada dia lo apreciareis más, y dareis más humildes gracias á Dios por haberos hecho nacer en él; porque cada dia conocereis mejor la verdad de sus dogmas, la santidad de sus máximas, la utilidad de su moral. Las sectas las mirareis con compasion, con repugnancia, con horror; porque notareis que no son más que inmundas cloacas donde fermentan y bullen todo género de errores y maldades. Y permaneciendo constantes en vuestra fe, ireis labrando vuestra dicha eterna hasta que la alcanceis en el cielo. Amen.

DISCURSO III.

¿Son justas las acusaciones que la revolucion formula contra el clero?

Redime me a calumniis hominum.
(*Psalm.* CXVIII, 134.)

Desde el dia que en nuestra patria se verificó la más radical de todas la revoluciones ¿tiene motivos el clero español para lamentarse con san Pablo de que ha venido á ser como la basura del mundo y la escoria de todos? *Tamquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema.* (1) ¿Tiene motivos para decirle á Dios con David que se apiade de él, porque ya está harto de insultos y desprecios? *Miserere nostri..... quia multum repleti sumus despectione.* (2) ¿Tiene motivos para suplicarle con el mismo Profeta que le vindique

1 Cor. IV, 13.
2 Psalm. CXXII, 3.

de tanta injuria como recibe de los hombres? *Redime me à calumniis hominum.*

Vosotros veis qué cruzada tan formidable se ha levantado contra nosotros desde aquel infausto dia; veis con qué diluvio de denuestos, insultos, escarnios y recriminaciones se nos abruma y ahoga. Se nos denuesta en la escena, se nos insulta en la prensa, se nos infama en la tribuna, se nos recrimina en mil periódicos, en mil folletos, en mil hojas volantes, en mil caricaturas.

En los teatros se nos hace protagonistas de representaciones las más obscenas: en las tribunas se nos pinta como egoistas, desmoralizados, crueles, sanguinarios, verdugos del pueblo y peste de la sociedad: en los periódicos se nos acusa de que somos los satélites del despotismo, los auxiliares de la tiranía, los autores de todos los males que pesan sobre la patria: *Tamquam purgamenta hujus mundi facti sumus.*

No hay mal en la sociedad que nosotros no lo hayamos causado, no tiene llaga la nacion que nosotros no se la hayamos abierto. Si se halla empobrecida, nosotros tenemos la culpa: si los partidos la destrozan, nosotros somos la causa: si las ciencias no florecen, si las artes no adelantan, si la industria no prospera, si el comercio es nulo, si la propiedad peligra, si el pueblo no puede más, á nosotros debe imputarse: á nosotros que hemos perdido la moralidad, á nosotros que favorecemos el despotismo, á nosotros que nos oponemos obstinadamente y con la intolerancia más encarnizada á toda luz, á todo progreso, á toda mejora. ¡Gran Dios! vengadnos de tanta inculpacion y calumnia: *Redime me à calumniis hominum.*

Yo no sé si todo esto se dice al solo objeto de crear atmósfera, ó si hay escondidas aquí miras todavía más siniestras: como quiera, yo vengo á protestar en nombre de mi clase contra

ese espantoso catálogo de cargos que se nos hacen, obligándome á demostrar en seguida que son infundados, injustos, inmerecidos.

Primer cargo.—El clero no vive conforme á su vocacion, su conducta no responde á su carácter, sus costumbres están en oposicion con sus doctrinas.—Y ¿cómo se prueba, respondo yo, esa acusacion terrible y espantosa? ¿por los defectos reales, supuestos ó exagerados en que se ve incurrir á algun individuo del cuerpo sacerdotal? Pero esto es detenerse á la mitad del camino, es sacar una consecuencia universal y absoluta de hechos singulares y aislados, es argumentar como argumentaria yo si dijese: El sol es todo oscuridad, porque en su disco aparecen algunas manchas oscuras. Hagamos que la induccion llegue hasta donde puede llegar, y vosotros vereis á dónde nos conduce.

En la respetabilísima clase de togados hay algunos jueces que no son modelos acabados de justicia: en la ilustre clase de militares hay algunos jefes que no son perfectos tipos de fidelidad: en la benemérita clase de escritores hay algunos individuos que no ajustan sus costumbres á las máximas de moralidad que enseñan. Pues bien: supóngase que yo, apoderándome de estos antecedentes, discurro así: Tú, clase de togados, porque abrigas en tu seno algunos jueces venales, eres un cuerpo degradado: tú, clase de militares, porque cuentas con algunos jefes perjuros, eres un cuerpo sin honor: tú, clase de escritores públicos, porque tienes algunos individuos que obran lo contrario de lo que inculcan, eres un hato de hipócritas: ¿qué se me dirá? Alto aquí, se me contestará, que el argumento no procede con buena dialéctica. ¿No ves que tu induccion es defectuosa? ¿no sabes que de premisas particulares no puede sacarse una

consecuencia universal? ¿no adviertes que, haciendo recaer sobre todo el cuerpo en general los defectos que solo son propios de algunos miembros, cometes una injusticia?—Sí, lo advierto; y solo me pasma que esta justicia que se reclama para todas las demas clases, se olvide tan pronto como se viene á tratar del clero.

¡Que no todos los eclesiásticos somos santos! ¿quién lo niega? ¿quién no lo confiesa? Pero entre no ser todos santos y ser lo que se quiere suponer, va todo un mundo de diferencia. Porque conviene sepais que entre el clero hay muchos, muchísimos, que pueden hablar muy alto á sus detractores y decirles con la frente erguida: Miradnos de cabeza á piés: examinad atentamente todos nuestros pasos y acciones: espiadnos, si quereis, de dia y de noche, en público y en secreto, en las costumbres y en la doctrina; y acusadnos si os atreveis..... Que si se me responde, que ni esos mismos eclesiásticos que tan alto pudieran hablar, tienen la santidad y perfeccion de los primitivos sacerdotes, yo preguntaré á mi vez: ¿Y los seglares buenos tienen la virtud y santidad de los primeros cristianos? Haceos cargo de que entre el establecimiento de la Iglesia y el tiempo presente han pasado por medio diez y nueve siglos, y que todas las instituciones cuanto más se alejan de su orígen, más decaen y más degeneran: haceos cargo de que nosotros hemos nacido, hemos sido educados, hemos crecido y vivimos en el relajadísimo siglo XIX, siendo de consiguiente bastante natural que participemos un tanto de su relajacion, como lo es el que un hombre sienta la impresion de la atmósfera que respira: haceos cargo, en fin, de que no habiendo nosotros bajado del cielo, y teniendo que aguantar contínuamente vuestro trato, no seria tanto de admirar el que, sin apercibirnos, hubiésemos adoptado más ó ménos vuestras ideas, vuestros hábitos, vuestras mi-

serias. No digo eso para justificarnos, pues nuestros defectos, caso que los tengamos, no admiten justificacion: lo digo únicamente para que comprendais que estar siempre gritando contra las costumbres del clero, como viene haciéndose despues de la revolucion, es una verdadera crueldad y una injusticia manifiesta. Porque, en fin, fuerza es decirlo: dando que seamos defectuosos, por la misericordia de Dios no llegamos á serlo tanto que ya no podamos servir de modelos á los mismos que se complacen en infamarnos y cubrirnos de oprobio.

Segundo cargo.—El clero es intolerante en todo lo que se opone á sus miras interesadas.—Como este cargo envuelve una acusacion directa contra la Iglesia, puesto que en este punto Iglesia y clero se toman por una misma cosa, estoy precisado á preguntar: ¿en qué es intolerante la Iglesia? Contéstese claro: ¿en qué es intolerante? ¿lo es en política? Sí, responde la revolucion, la Iglesia favorece aquella forma de gobierno que es más propensa al despotismo, la monarquía absoluta; al paso que mira con prevencion, y podria decirse con odio, aquella que es favorable á la libertad, el gobierno representativo.

¡Qué error! La Iglesia se está cruzada de brazos contemplando el triste espectáculo que ofrecen los hombres, mejor diria las pasiones humanas, discutiendo acaloradamente cuál es la mejor forma de gobierno; y lo contempla sin emitir su voto, sin decir una palabra, sin hacer un gesto que indique que se inclina á un partido más que al otro. Oye decir á los monárquicos, que la mejor forma de gobierno es la monarquía, porque es la que promete más estabilidad, la que tiene más fuerza, la que asegura más el órden público, la que dispensar puede más eficaz proteccion á todos los intereses: oye esto, y guarda silencio.

Oye decir á los liberales que el gobierno liberal es el más

excelente, no solo porque está ménos expuesto á degenerar en arbitrariedad y en tiranía, sino porque, componiéndose en todo ó en parte de hombres elegidos por el pueblo, puede conocer mejor los instintos y necesidades de los gobernados, y labrar más fácilmente su felicidad, que es el fin de todo gobierno: oye esto y se mantiene callada. "Dadle al pueblo lo que querais, dice para sí, con tal que se lo deis bueno. ¿Quereis darle la monarquía? dádsela, pero á condicion que habeis de designarle un rey sabio, prudente, humano y temeroso de Dios; un rey que no se haga opresor de sus súbditos, sino que sea su bienhechor, su padre y como su Angel tutelar, gobernándolos con dulzura y justicia, y promoviendo su bien temporal y eterno con leyes sábias y cristianas. Dadle un rey de estas condiciones, y yo le bendeciré. ¿Quereis darle un gobierno liberal? no me opongo, pero á condicion de que no ha de ser un gérmen contínuo de gritos, alborotos, asonadas, revoluciones y atropellamientos, sino un gobierno compuesto de hombres honrados, probos, inteligentes, desinteresados, sin codicia ni ambicion, y que busquen, no su medro personal ó el de sus amigos, sino tan solo la felicidad comun del pueblo que representan. Dadle un gobierno de este género, y por muy liberal que sea yo lo abrazaré. Pero si, dándole la monarquía, le designais un monarca nécio, corrompido, irreligioso, volteriano; ó dándole el sistema liberal, le dais un hato de legisladores sin capacidad, sin conducta, sin fe, sin conciencia, sin Dios; entónces no podré bendecir ni al uno ni al otro, pero tampoco aconsejaré al pueblo que desobedezca, ántes le ordenaré que se muestre sumiso en todo lo que no se oponga claramente á la ley de Dios." Así habla la Iglesia, y así ha hablado siempre; y si sus enemigos saben algun cánon, alguna sentencia, alguna decision que

condene una forma determinada de gobierno, sírvanse presentarla.

¿En qué, pues, es intolerante la Iglesia? ¿lo es en lo que atañe al progreso? Sí, gritan sus eternos adversarios, es estacionaria, es retrógrada, es enemiga sistemática de todo progreso, de toda mejora, de toda novedad.—Basta de términos, y vamos á las cosas. ¿Qué se entiende por progreso? ¿Se entiende la existencia de muchos cafés, de muchos teatros, de muchas modas, de muchas cosas más que la lengua casta se resiste á nombrar? ¿Se entiende la publicacion de millares de periódicos, cuyos redactores tratan las cuestiones más elevadas sin preparacion, sin estudios, sin criterio, y á veces sin gramática y sin ortografía? ¿que con audacia nunca vista atacan á cuanto de más santo y venerable existe en la tierra y en el cielo? ¿que dan cabida en sus columnas á los insultos más chabacanos, á las calumnias más soeces, á las groserías más intolerables? ¿que, vendidos á una personalidad ó á un partido, escriben cuanto se les ordena, sin atender á otra cosa que al sórdido interes? ¿Se entiende ese anhelo insaciable de adquirir grandes riquezas, anhelo que á título de *trabajo* organiza innumerables centros de corrupcion, que á título de *comercio* borra del corazon toda idea de Dios y de órden sobrenatural, que á título de *industria* condena á millares de séres humanos á pasar toda la vida, ó sepultados en una mina, ó sirviendo de instrumentos á una máquina agitada por el vapor, sin dejarles tiempo para cumplir con los deberes más indispensables del cristiano? Si esto es lo que se entiende por progreso, lo confieso lisa y llanamente, la Iglesia no está por él, no lo bendice, no lo aprueba; porque no puede aprobar ni bendecir lo que degrada al hombre, poniéndole casi al nivel de los jumentos. Pero si por progreso se entiende lo que debe entenderse, el desarrollo gradual y constante de las facultades mentales, el desenvolvimiento legítimo y racional del mundo físico, el perfeccionamiento de las leyes fundamentales y orgánicas, el mejoramiento de las ciencias, de las artes, del comercio, de la industria, de la agricultura; no solo la Iglesia no se opone á él, sino que lo acaricia, lo fomenta, lo empuja. Que si álguien tiene noticia de que alguna vez la Iglesia haya hostigado á alguno porque ha hecho un descubrimiento útil, ó porque ha inventado una máquina, ó porque ha perfeccionado una ciencia, le invito á que lo publique.

¿En qué, pues, es intolerante la Iglesia? ¿lo es en punto de libertad? Pero ¿qué entendemos por libertad? ¿Entendemos el desenfreno de las pasiones? ¿entendemos el poder sembrar impunemente por todas partes la herejía, la blasfemia, la lujuria, el escándalo, el robo, la impiedad, el escarnio de todo lo más santo y sagrado? ¿entendemos la facultad de hablar, escribir y obrar sin freno, sin regla, sin miramiento á ningun derecho? Si esto entendemos por libertad, lo digo francamente, la Iglesia la detesta, la anatematiza; porque esta no es libertad, sino su escarnio y su vergüenza. Pero si por libertad entendemos lo que entiende todo hombre que tiene sano el juicio, la intervencion directa ó indirecta del pueblo en la confeccion de las leyes por que ha de gobernarse; la libre emision del pensamiento en las cosas puramente humanas y que no afectan al órden moral y religioso; el derecho expedito de asociarse para todo lo que, salvo el respeto á las leyes, conduzca al bien público ó particular; la accion desembarazada de los ciudadanos para hacer cuanto les agrade dentro el círculo de lo honesto y de lo justo; la Iglesia no impugna esta libertad, sino que la acata y la respeta. Y si sus detractores pueden citarnos algun hecho histórico verdadero que pruebe lo contrario, yo les suplico que no lo callen por modestia, sino que lo citen y lo publiquen.

Es, pues, una calumnia insigne decir que la Iglesia es intolerante, á no ser que se le quiera hacer un cargo porque no tolera el mal; pero entónces yo preguntaré: ¿hay en el mundo quien no lo sea? Ningun Gobierno, por liberal que sea, tolera el que se violen sus leyes, el que se pisen los derechos de la justicia y se promuevan desórdenes entre los ciudadanos: ¿no es esta una verdadera intolerancia? Ningun padre de familia permite que vaya alguno á meter la anarquía en su casa, excitando á los hijos á negarle la obediencia y la sujecion: ¿no es esta tambien una intolerancia verdadera? Vosotros no consentiriais el que viniese uno á publicar y defender que el robo es una virtud, que el asesino es un hombre de bien, que el adulterio es una accion honrosa, etc.: ¿no seria esta tambien una intolerancia bien marcada? Pues yo os pregunto ahora: ¿qué diriais de un hombre que se pusiese á declamar contra la intolerancia del Gobierno que no tolera motines, contra la intolerancia del padre que no permite la perversion de sus hijos, y contra vuestra intolerancia que no consentiriais la predicacion de doctrinas impías y antisociales? ¿no diriais que es un infeliz que ha escapado de algun manicomio? Pues este mismo título podríamos dar á los que tan récio claman contra la Iglesia porque no tolera el mal, ántes lo condena y lo combate.

Ultimo cargo. La Iglesia favorece al despotismo, y siempre ha sido amiga de los déspotas y de los tiranos.—¿Y qué motivos hay, pregunto yo, para levantar á la Iglesia esta horrible calumnia? ¿porque defiende el principio de autoridad? ¿porque enseña con san Pablo que toda potestad viene de Dios? ¿porque con el mismo Apóstol predica que toda alma debe estar sometida á las potestades superiores, y que, esta sumision es un caso de conciencia? Pero adviértase que miéntras inculca estas doctrinas á los pueblos, recuerda á los gobernantes que sus súbditos no son un rebaño de esclavos que puedan explotar á su antojo, sino hijos de Dios, tan dignos de consideracion como ellos, y más grandes que ellos en la divina presencia, si son más virtuosos y más cristianos: adviértase que al rey cubierto de pedrería y al emperador sentado en trono de oro les recuerda que el vasallo haraposo es una joya preciosísima confiada á su cuidado, y que sufrirá grandes castigos por cada lágrima que injustamente le haga verter, ó por cada suspiro que indebidamente le arranque: adviértase que, dirigiéndose con santa libertad á las potestades más encumbradas de la tierra les dice: Mirad en vuestros vasallos otras tantas imágenes del Dios vivo, reconoced en vuestros gobernados á otros tantos hermanitos vuestros en Jesucristo: amadlos, respetadlos, protegedlos; y vuestras leyes sean tales que los hagan dichosos del modo que es posible serlo en este mundo. ¡Ay de vosotros si los vejais! ¡ay de vosotros si os haceis sus tiranos!—Este es el tono en que la Iglesia católica ha hablado siempre á los monarcas: así habló á los reyes de España cuando hubieron conquistado las Américas, así habla hoy al famoso tirano que está oprimiendo á los bravos y desventurados polacos. ¡Ah! miéntras la liberalísima Inglaterra calla, miéntras la República norte-americana guarda silencio, miéntras todos los gobiernos de Europa contemplan mudos cómo un emperador déspota se ceba en la sangre de un pueblo heróico que muere dando vivas á la Religion y á la libertad; la Iglesia se le encara, la Iglesia le reconviene, la Iglesia le emplaza ante Dios y los hombres para que juzguen de su conducta inícua. ¿Es esto ser amiga de los tiranos? ¿es esto favorecer el despotismo?

Cállense de una vez los que tales absurdos propalan, y cállense tambien los que nos hacen á nosotros el blanco de las calumnias más indignas. Dicen que hemos perdido la morali-

dad; no es exacto: por la misericordia de Dios aún nos queda bastante para poder servir de modelos á nuestros detractores. Dicen que somos del todo intolerantes; lo niego: podemos serlo con el error y con el vicio, pero no lo somos ni con el verdadero progreso, ni con la libertad bien entendida, ni con ninguna forma de gobierno que conserve los principios de la justicia. Dicen que somos los fautores del despotismo; es falso: si el despotismo ha hecho víctimas, el clero ha sido siempre la primera. Lo que hay es, que nosotros servimos de estorbo á los que quisieran propagar la irreligion y el libertinaje; y por esto se nos desacredita, por esto se nos infama, por esto se procura ponernos de mal aspecto con vosotros. Pero vosotros sois discretos, vosotros estais dotados de excelente criterio; y esto me hace confiar que continuareis dispensándonos vuestra confianza, de la que no nos serviremos sino para mostraros la senda que ha de conduciros á una felicidad incompleta en esta vida y á una dicha perfecta en la eternidad. Amen.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE DEL TERCER TOMO

NECESIDADES DE LA SANTA SEDE.

PÁG.

1º Males que amenazan á la Silla apostólica..... 7
2º ¿Cuál es el motivo de la guerra que se hace al Pontificado?..... 15
3º ¿Cuál será el desenlace de esa que llaman cuestion de Roma?..... 22

JUBILEO.

1º Aprecio que debe hacerse del jubileo..... 30
2º Las gracias del jubileo..... 38
3º Disposiciones para ganar el jubileo..... 44

CÓLERA-MORBO.

1º ¿Qué es lo que produce esta enfermedad misteriosa? 52
2º ¿Qué debe hacerse durante la estacion *colérica?*..... 60
3º Accion de gracias despues del *cólera-morbo*..... 69

SEQUÍA.

1º ¿Por qué el cielo nos niega la lluvia?..... 77
2º ¿Qué debe hacerse para obtener la lluvia?..... 88
3º ¿Cómo debe agradecerse el beneficio de la lluvia?.... 96